

La responsabilidad del historiador literario, como lector, en la configuración del panorama literario nacional*

Gustavo Adolfo Bedoya Sánchez
Universidad de Antioquia

Introducción

Son las lecturas que hacen los críticos e historiadores literarios, es decir, los supuestos lectores especializados de la literatura, las que terminan fundando sitios comunes en la recepción de las obras literarias. Sus valoraciones determinan el significado de los objetos literarios, y por ende, de la literatura de una nación. Al mismo tiempo, la calidad de sus reflexiones da cuenta del propio estado de los estudios literarios como disciplina científica.

A pesar de la responsabilidad que recae sobre el trabajo lector de los estudiosos de la literatura, es usual encontrar que la descripción y evaluación artística, consideradas actividades propias de la crítica y la historia literaria, son hoy en día ejercicios usuales de cualquier persona, o grupo de personas, que sin contar con una fundamentación teórica, propia de la materia que evalúan, opinan y juzgan desde sus instintos y referentes, lo que ha degenerado en reflexiones y comentarios meramente personales, subjetivos y anímicos, aparecidos cada tanto en reseñas, notas periodísticas y hasta en las monografías universitarias, los ensayos propiamente críticos y los comentarios de los historiadores de la

* Este trabajo hace parte de la investigación *Los procesos de canonización de la novela colombiana en la historiografía literaria nacional*, de la Universidad de Antioquia, liderado por la profesora Olga Vallejo Murcia. También participan las profesoras María Stella Girón, Ana María Ochoa e Isabel Ramírez, y cuenta con el auxilio investigativo de los estudiantes Gustavo Adolfo Bedoya Sánchez, Alejandra Laverde y Cristina Bedoya, de la Maestría en Literatura Colombiana de la misma universidad.

literatura, que nada tienen que ver con la verdadera crítica del arte. El mayor problema que reviste esta circunstancia se da en el momento en que dichas acotaciones fundan academia, es decir, cuando se consolidan históricamente como verdades. Cuando el lector común da por sentado el panorama de la literatura nacional, a partir de los discursos poco académicos y los análisis más bien subjetivos, se pone en jaque la credibilidad de los estudios literarios como una disciplina que intenta asirse del método científico.

Resaltar la importancia del crítico e historiador literario como lectores, y la responsabilidad que conlleva su trabajo en la configuración de lo que la nación colombiana entenderá por literatura, son los objetivos de las siguientes páginas.

La lectura en los estudios literarios

La obra literaria se compone de una construcción verbal y estética, que en la mayoría de los casos, la emparenta con las bellas artes. De igual forma, posee un elemento ideológico que cumple —a pesar de la intención del autor— una determinada función (política, ideológica) en los procesos internos de la sociedad. La calidad de obra inspirada por las musas y la providencia se ha desmentido, la obra literaria está más cerca del trabajo manual de, por ejemplo, el artesano.

A pesar de la importancia que para el común de las personas tiene el significado canónico de literatura, como una de las bellas artes, revestida de esencia e inspiración mágica; desde los estudios literarios la literatura posee, más que un significado esencial, múltiples nociones de lo que ella misma representa para —justamente— sus lectores. En “El cambio

actual de la noción de literatura en Latinoamérica” (1978), Carlos Rincón ilustra este punto. Para el autor, la literatura es un objeto cuya noción es siempre cambiante, móvil y dinámica, no eterna ni estable a lo largo del tiempo, sino codificada bajo la propia experiencia del lector, ya que: “Es sólo al comprender la literatura, en su cambiante proceso de producción y recepción, como una forma estética de praxis social, como puede situarse en el centro de nuestro interés cognoscitivo, de acuerdo con esa orientación teórico-literaria, la permanente transformación y redefinición de su noción” (16).

Desde este último punto de vista, la literatura necesita y exige un marco conceptual que esté a la altura de los procesos que lleva a cabo, ya sean literarios o extra-literarios. La ciencia de la literatura, a partir del trabajo de sus tres disciplinas: la teoría, la crítica y la historia de la literatura, le ha otorgado a su objeto de estudio la calidad de elemento científico, digno del método objetivo. Ya los filósofos griegos habían iniciado dicho trabajo, *La poética* de Aristóteles es un buen ejemplo, al reproducir la esencia teórica de lo literario; pero es el siglo XVIII el encargado de otorgarle la concepción moderna —científica— a la literatura, al desligarla de las glosas divinas y trascendentales del discurso feudal. A partir de este momento, y con los aportes del romanticismo y las diversas corrientes literarias e ideológicas, como el formalismo, el estructuralismo, el discurso marxista y la estética de la recepción, la ciencia literaria alcanza su mayoría de edad, es decir, empieza a reflexionar desde su singular naturaleza sus propios planteamientos. La literatura ganó un discurso propio (Pulido Tirado: 1995); atrás quedaron el subjetivismo psicologizador y el análisis a-histórico, además de los procedimientos biográficos, inmanentistas y subjetivos. De igual forma, se comprendió que las disciplinas de la ciencia literaria debían trabajar fusionadas,

nunca por aparte, sin siquiera conocerse, para evitar los tradicionales errores que la historiografía, como disciplina encargada de reflexionar en torno a los procedimientos de la historia de la literatura, ha calificado como dogmas erróneos del análisis histórico-literario, tales como la crítica sin fundamentación teórica y la historia de alcances meramente descriptivos y no valorativos, que le otorga la crítica literaria.

González Stephan (junto con Ángel Rama, Carlos Rincón, Alejandro Losada y Fernández Retamar), llaman la atención sobre la necesidad de indicar las tareas puntuales de cada rama y la forma en que deben cooperar a su vez. Cada una se hace cargo de determinado proceso, en pro de uno mayor, donde deben participar interrelacionadas. En palabras de González Stephan (1985):

La historia, la crítica y la teoría literarias constituyen básicamente el resultado de diferentes y complementarios modos de conocimiento del hecho literario. No está demás señalar lo que de algún modo se debería saber a través de una praxis determinada entre los investigadores de esta disciplina: que no puede desarrollarse plenamente la historia sin la crítica literaria, una crítica sin un sentido de la historia, y ambas, sin una teoría literaria que avale y explicita en un conjunto conceptual los presupuestos teóricos que fundamentan el ejercicio de dichas prácticas. Dentro del campo de los Estudios Literarios cada una de estas actividades no sólo tiene su objeto propio, sino que se caracteriza por elaborar un tipo de discurso que formaliza su especificidad. Tanto la crítica y la historia como la teoría literarias pueden trabajar con el mismo corpus de obras, pero entregan de él dimensiones diferentes y también complementarias” (16-17).

Por supuesto, la descripción, la explicación y la clasificación de la literatura, que llevan a cabo las disciplinas de la literatura, son gracias y a través de los procesos de recepción, es decir, de lectura, que tanto los críticos como los historiadores de la literatura hacen. Es claro que antes de los estudios literarios y cada una de sus ramas, está la obra literaria, la

obra de ficción, y justamente, lo que las une es ese proceso denominado lectura, que hace que cada una de las ramas pueda decir algo de ella.

Mientras los marxistas habían hecho hincapié en la relación: producción – exposición, Hans Robert Jauss (2000) destacaba la importante función que le corresponde al lector en la configuración de la historia de la literatura desde la recepción. Por ello, apunta Jauss, el crítico y el historiador literario, así como el propio escritor, deben ser, antes que nada, lectores. La función que cumplen estas instancias, como lectores, son de una relevancia histórica decisiva. Gracias a la lectura, la obra se actualiza, vive, re-significa y es re-significada por la realidad, es decir, deja su estado material, de masa física, y se convierte en ideología, en propuesta de mundo.

El escritor de ficción, siguiendo con la teoría de la recepción, copia o supera una serie de elementos, de contenido y forma, que representa en su obra y que hacen que esta se configure o no en paradigma del panorama literario de una nación, gracias a la crítica —que supuestamente está fundamentada en la teoría—, que recibe a lo largo de un periodo hasta que logra ingresar a las *historias de la literatura*, producto base del ejercicio histórico-literario. Así que básicamente, la dinámica literaria empieza como lectura, cuando el autor lee, recepciona, ya sea la realidad o las obras que le antecedieron, y termina con la lectura de los críticos e historiadores que materializan para la historia de la cultura de una nación una serie de obras y autores que van a ser leídos por la sociedad. Claramente queda expuesta la importancia del proceso de lectura que deben llevar tanto críticos como

historiadores en esta dinámica, ya que de su trabajo depende en gran medida lo que se ha entendido y se entenderá por literatura colombiana.

La crítica literaria colombiana

En palabras de Eduardo Pachón Padilla, la crítica literaria colombiana empezó en la Colonia, cuando reunidos en tertulias, los hombres discutían sobre una determinada obra escrita por ellos mismos. La disciplina, apunta el crítico literario, nació de “forma espontánea, sin método ni rigor científico” (1995: 35-36). Claro está, el panorama cambió a mediados del siglo XIX y a lo largo del XX, tanto que se ha alcanzado a coleccionar una larga lista de obras, críticos e historiadores literarios.

Desde *Historia de la literatura de la Nueva Granada*, escrita en 1867 por José María Vergara y Vergara, hasta las actuales investigaciones adelantadas tanto en la nación como fuera de ella, dan cuenta de este florecimiento de la disciplina crítica-histórica. No se pueden olvidar los importantes trabajos aparecidos a lo largo del siglo XX, como *La novela en Colombia* (1908) de Roberto Cortázar, *Evolución de la novela en Colombia* (1957) de Antonio Curcio Altamar, el *Manual de literatura colombiana* (1988) editado por Procultura, y los tres volúmenes de *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX* (2000), publicado por el Ministerio de Cultura y Beca de Excelencia de la misma institución.

Además, es importante resaltar los textos críticos de Miguel Antonio Caro, Rafael Maya, Hernando Téllez, Montserrat Ordóñez, Cristo Figueroa, Harold Alvarado Tenorio, David

Jiménez Panesso y Luz Mary Giraldo. Sin olvidar la acogida que tuvieron los autores de las historias didácticas, para fines escolares, como las de Jesús María Ruano, Belisario Mattos Hurtado, Juan de Dios Arias, Ramón Zapata, Nicolás Bayona Posada y José J. Ortega Torres. Finalmente, son imprescindibles en este paneo, las muchas ediciones y reediciones que han coleccionado *Literatura colombiana. (Sinopsis y comentarios de autores representativos)* de José A. Núñez Segura, *Historia de la literatura colombiana*, de Juan de Dios Arias y el *Manual de literatura colombiana* de Fernando Ayala Poveda, que se han convertido en textos obligados, clásicos, para la enseñanza de la literatura de la nación colombiana.

Así que el horizonte de los estudios literarios tiende, en algunos momentos, a mejorar en Colombia; sobre todo —como ha quedado expuesto arriba— el panorama de la historia de la literatura, que como disciplina, logra también evaluar a la literatura. Además de los apuntes de Carlos Rincón sobre el trabajo de Jauss y la reflexión crítica sobre el canon literario latinoamericano; la nación cuenta con el *Sistema de Información de la Literatura Colombiana —SILC—*, considerado el proyecto bibliográfico más importante en el país, que a la fecha recoge más de 5.000 títulos comentados entre producción y crítica literarias, además de ser la base de datos fundamental para la Historia de la Literatura Colombiana¹. Igualmente, el panorama colombiano tiende a mejorar después de los Seminarios de Historiografía que ha organizado en varias ocasiones la Universidad del Valle, y que han contado con la presencia de Héctor H. Orjuela, precursor de la historiografía literaria de carácter propiamente científico en Colombia. Son importantes, también, los diversos

¹ El *SILC* puede consultarse en: <http://embera.udea.edu.co/literatura/principales/silc.htm>

trabajos que entre otros críticos, los profesores Augusto Escobar Mesa y Hubert Pöppel han realizado en los últimos años, en ponencias para eventos dedicados a los problemas historiográficos, de las que no se dispone aún editadas y que serán referencia obligatoria en próximas entregas. Otros de sus trabajos pueden consultarse en varios números de la revista *Estudios de Literatura Colombiana* publicada por la Universidad de Antioquia y en los respectivos libros autorales.

Sin embargo, a pesar del aparente estado favorable de la disciplina, en Colombia, como en otras naciones, son frecuentes las enumeraciones de los *best sellers*, de “la obra del año” o “las mejores novelas del siglo XX”, donde se empieza a dar por sentado la lista de autores y obras dignas de ser leídas. Aunque parezca falso, esta actividad, tan relacionada con el cine comercial y las novedades musicales, ataca igualmente al arte literario. Personas que no tienen relación alguna con la materia opinan acerca de ella en los medios de comunicación masivos, mientras quienes —se supone— tienen la autoridad en conocimientos e investigación para exponerla y explicarla, alcanzan tan sólo a decir algunas cosas en revistas y libros especializados, de poca difusión, y con un lenguaje técnico que no lograría convocar, en muchos de los casos, a las masas.

Además, es fácil hallar en los trabajos de renombrados críticos e historiadores literarios, consideraciones metodológicas que hacen dudar a los estudiosos de la literatura de una conceptualización objetiva detrás de dichos trabajos. Por ejemplo, en los primeros intentos de historia literaria, como el *Resumen histórico-crítico de literatura colombiana* (1925), de Jesús María Ruano, una novela como *Manuela* aparece clasificada en el costumbrismo. El

análisis se limita a dicha etiqueta sin entrar en la explicación conceptual. Lo mismo sucede en *La literatura colombiana a mediados del siglo XIX* (1926), de Antonio Gómez Restrepo, que la ubica en la transición de los cuadros de costumbres al realismo; en *Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos* (1952), de José A. Núñez Segura, y en *Evolución de la novela en Colombia* (1957), de Antonio Curcio Altamar pasa otro tanto. Es hasta 1982 cuando en el ensayo de Rafael Gutiérrez Girardot: “La literatura colombiana en el siglo XX”, aparecido en: *Manual de historia de Colombia*. Vol. III., que las clasificaciones de este tipo desaparecen. Pero en general, las inexactitudes se encuentran cada tanto en historias, manuales y ensayos. En otros casos son olvidos u omisiones de obras, fechas y autores. En *Panorama de la literatura colombiana* (1942), Nicolás Bayona Posada debe dedicarle menos de una página a cada autor u obra que él considera importante, en su recorrido de 142 páginas por los cuatrocientos años de historia literaria. Es curioso también que ante la revisión de *las historias de la literatura colombiana* editadas hasta el momento, la novela escrita por Álvaro Cepeda Samudio: *La casa grande* (1962), no ocupe un lugar privilegiado o por lo menos destacado. Por ejemplo, en el *Manual de literatura colombiana* (1986), Ayala Poveda la ubica en medio de la obra de Héctor Rojas Herazo y Gabriel García Márquez. Los tres, junto con Pedro Gómez Valderrama, hacen parte de los autores clasificados bajo el rótulo –pobrementemente explicado– de Realismo mágico. En su análisis –demasiado emotivo– Ayala Poveda reconstruye un esbozo de la figura del autor que:

Tenía el corazón de Rafael Escalona, el cabello del mar Caribe, los párpados de los cóndores de Alejandro Obregón, las mariposas amarillas de Mauricio Babilonia, el desenfado mitológico de Gabriel García Márquez, la sabiduría tranquila de Germán Vargas Cantillo, la misteriosa soledad de Héctor Rojas Herazo (1986: 329).

Además de ello, comete la inexactitud de hablar de las novelas de Cepeda, cuando este sólo alcanzó a escribir una, al igual que comete un error en la fecha de publicación de la novela, en lugar de 1962, el crítico anota 1967. Es difícil entender si lo que hace Ayala es por el bien de la obra, su buena voluntad y su “reflexión” no alcanzan a proponer un comentario serio que traduzca la importancia de esta obra para la narrativa nacional. Igualmente, en 1988, el *Manual de literatura colombiana* de Procultura no le dedica a la obra de Álvaro Cepeda Samudio un lugar especial en su historia; y aunque existan 10 comentarios a lo largo del segundo volumen que citan al autor de forma muy general, como ejemplo de eso otro que se escribía paralelamente a Gabriel García Márquez, los desperdigados datos no logran formar siquiera una nota biográfica del autor, o una sinopsis de la obra. Se queda tan solo mencionada, sin que nadie demuestre el papel que ella juega en la literatura nacional.

De todos modos, a pesar de la supuesta crisis que rodea a los estudios sociales y humanísticos en la actualidad, *las historias de la literatura colombiana*, o los trabajos que lo intentan ser, se producen en gran número en la nación. Pero por falta de la reflexión historiográfica los errores que se han cometido en un principio, se han repetido a lo largo del tiempo y hoy en día parecen ser consideradas verdades absolutas del trabajo histórico literario. Muchas *historias literarias* terminan convirtiéndose en diccionarios de nombres, en colecciones de fragmentos de obras, en lecciones de literatura o en panoramas enciclopédicos. De igual forma, pocas de ellas ofrecen al lector una explicación de los términos que utilizan a lo largo de su discurso, de esta forma, no se llegan a cuestionar los movimientos literarios en los cuales se divide la literatura y hasta el propio significado de

lo que se debe entender por literatura nacional se da por sentado. Además, la mayoría de estos materiales tienen problemas con la investigación bibliográfica, lo que demuestra la falta de rigor existente en los estudios literarios de la época. La esquematización y periodización historiográfica ha degenerado en la eliminación de las fases históricas y sus sentidos para la literatura; los movimientos artísticos son reducidos a las figuras de un par de artistas que en el peor de los casos, responden a los gustos del historiador; el panorama de la literatura, en general, resulta chato, gris, muerto. Casi siempre se intenta mostrar la parte por el todo; las visiones no son totalizadoras, sino que mutilan los periodos históricos, los movimientos artísticos, es decir, la dinámica literaria:

En consecuencia, estas historias, al deshistorizar la comprensión del material literario, asumen el rol de verdaderos museos, en el que se encuentran reunidas las obras que se juzgan dignas de conservación. Estas historias-museos, a pesar de extrapolar las obras de la dinámica temporal y social, son también un discurso sobre la literatura. Y, como tal, están subordinadas a ciertas exigencias: los autores y las obras seleccionados deben dar la idea de que hay una “continuidad” del proceso literario; mostrar que siempre se remite a una misma concepción —implícita— de la literatura, y, presentar la “literatura” como una actividad por encima de las demás: como un producto elitesco. Razón por la cual debe basarse en mecanismos de censura que eliminan todo aquello que no sea susceptible de responder a tales requisitos: censura política, censura religiosa, censura del cuerpo y de la sensualidad, censura estética (González Stephan: 1985, 39-40).

Esta concepción de literatura postula la solución fácil de que un autor y su obra es literatura porque aparecen en dichas historias, y están allí porque son literatura. Es decir, dar por sentado el canon que sustenta la evolución literaria, sin la reflexión respectiva, y por ende, la evolución artística e intelectual de una nación, en este caso, de la nación colombiana, significa que los estudiosos de la literatura no se han enterado, o no han querido enterarse, que su materia es objeto de la ciencia de los estudios literarios, o ciencia de la literatura, donde la teoría, la crítica y la historia de la literatura, como las disciplinas de dicha ciencia, deben funcionar interrelacionadas y no por aparte; además de la obligación social e

histórica que dichos estudiosos tienen en sus procesos lectores, no tan sólo de literatura, sino de los diversos discursos que la rodea como elemento ideológico.

Bibliografía

Ayala Poveda, Fernando (1986). *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Educar Editores.

Bayona Posada, Nicolás (1942). *Panorama de la literatura colombiana*. Bogotá: Ediciones Samper Ortega.

Gómez Restrepo, Antonio (1926). *La literatura colombiana a mediados del siglo XIX*. Bogotá: Talleres de Ediciones Colombia.

González Stephan, Beatriz (1985). *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. 214 p.

Gutiérrez Girardot, Rafael (1982). “La literatura colombiana en el siglo XX”, en: *Manual de historia de Colombia*. Vol. III. Bogotá: Colcultura. P. 467-471.

Jauss, Hans Robert (2000). “La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria”, en: *La historia de la literatura como provocación*. Barcelona: Ediciones Península, p. 137 - 193.

Núñez Segura, José A. SJ (1952). *Literatura colombiana. (Sinopsis y comentarios de autores representativos)*. Medellín: Editorial Bedout.

Pachón Padilla, Eduardo (1995). *El testamento literario de Eduardo Pachón Padilla*. Entrevista hecha por Álvaro Pineda Botero. Bogotá: Plaza & Janés. 246 p.

Pulido Tirado, Genara (1995). *El pensamiento literario. Introducción teórica e histórica*. Jaén: Universidad de Jaén, 1995. 135 p.

Rincón, Carlos (1978). “El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica”, en: *El cambio en la noción de literatura*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. p. 11- 45.

Ruano SJ., Jesús María (1925). *Resumen histórico-crítico de la literatura colombiana*. Bogotá: Editorial Santa Fé.

Varios (1988). *Manual de literatura colombiana, 2 Vols*. Bogotá: Procultura.